

## L E T R A S

### COMER Y CANTAR

No en vano una de las cien mejores poesías de la lengua castellana . . .

Pero, a propósito, ¿son ciento o son mil? Cuando, señaladas por el dedo infalible de Menéndez y Pelayo, se quedaban en ciento, ahí estaba la que parecía metal puro, sin liga; mas, ¡con qué gusto hubiera cada cual llevado a casa del cambiante alguna de esas peluconas para lograr en trueque ciertos cuños menos altivos, que por la exclusión venían a ser como joyas privadas para el disfrute a solas, y no ejemplares de admiración común, entregados, más que al paladar exquisito, a la degustación del vulgo profano! Y ahora ya dicen que son mil. Por lo menos así reza en los escaparates la cubierta de un libro, que no quiso ceñirse a las ciento de antaño ni extenderse a las mil y una, como las noches árabes.

Alguien propuso que se forjara para las poesías insignes un apelativo apropiado. "Esta es una cienmejor!" ¿Valdría el de "milmejor", en concepto claramente distinto de "adocenada"?

Sean cuantas fueren las mejores poesías de nuestra lengua, es el caso que entre todas títulos tiene para mostrarse aquella que canta en redondillas suculentos manjares que no lo son menos:

la morcilla, gran señora  
digna de veneración.

Se ha venido llamando a la poesía de Alcázar *la cena jocosa*, y nadie le ha regateado por ello calidades de poesía. Fué necesario que el tiempo corriera para exigir al verso categoría de rayo de luna. La realidad oronda parecía desterrada de los renglones realzados por la rima, y luego, la rima también supo el camino del destierro. Lo jocoso vino a quedar colocado en ínfimo rango. El lector de versos no acertaba con las facciones del reidor; veíasele, en cambio,

sin fatiga, adoptar la expresión del éxtasis, el ceño de la ira, la severidad de la reflexión, el filo agudo del curioso que consagra su ociosidad a descifrar charadas. He aquí, de pronto, un libro de versos que se pone inmediatamente, gracias a su epígrafe, bajo la advocación de Baltasar del Alcázar:

Pero cenemos, Inés,  
si te parece, primero.

Es la *Minuta*, que para llegar a nuestras manos ha cruzado el mar dos veces: una, desde la imprenta de Holanda, cuyos tórculos apretaron sobre el papel escogido los tipos de elegante corte, bajo la vigilancia de un maestro tipógrafo universalmente acreditado; otra, desde el Brasil, en donde el autor, Alfonso Reyes, ejerce alta función diplomática.

¡Poesía epicúrea! Bueno. De nada se priva el comensal, esto es seguro: desde el aperitivo más liviano hasta la sensación de plenitud, menos beata que torpe, remediada a hurtadillas por la cucharadita de bicarbonato o el sello y el buche de agua; minuta que por gala se resiste al galicismo del *menu*; pero no a las afirmaciones del Chateau Lafite tras las insinuaciones del jerez. Minuta que por cierto no excluye el madrigal a una vecina, la confidencia de otra, ni el cuento que no se puede contar, ni la historieta conocida, que sazona, dándola por nueva, el arte con que viene contada. Poesía epicúrea. ¡Bueno! Ya lo dice el autor con un nuevo subtítulo: Juego poético.

El arte lo ha sido —y lo es— todo: sacerdocio y tribuna, fuente y paño de lágrimas; juego también. Como el epicúreo comensal, de nada se priva, y todo le sienta, además, bien a su hora. Homero sabe de batallas y también de festines.

Demasiado lejos. Nada tiene que ver Homero con la poesía epicúrea ni la *Minuta* de Alfonso Reyes con los festines homéricos. Es, ni más ni menos, lo que pretende: un juego de ritmos y rimas, en que el pensamiento se entretiene y recuesta. Bebidas y manja-

res dan el pretexto. No se intentarán descripciones donde la sugestión basta. Ni se llegará en ellas a apurar el plato con la fruición del personaje moratiniano que sorbe de su chocolate, goloso,

cuanto en el hondo cangilón quedaba.

Más bien se apuntan, como en el propio Moratín, ya que la cita nos lo trae a la mano, finas evocaciones equivalentes a la del otro verso famoso:

agua que serenó barro de Andújar.

Y aun, si ello puede servir como certificado de origen, perífrasis como las que esmaltan los magníficos versos de Andrés Bello en su *Silva a la agricultura de la zona tórrida*:

tú en urnas de coral cuajas la almendra  
que en la espumante jícara rebosa . . .

Juego intelectual en torno a un tema de la más prosaica frecuencia. No cantan estos versos a las viandas; pero canto, como buenos versos, sí que lo son. Y si el refrán dice del que come y canta que un sentido le falta, nadie osará decir que el sentido del gusto sea éste en los versos epigramáticos de la *Minuta*.

El epigrama se viste en ocasiones de fábula moral; así, en las *Legumbres*:

Dice aquél: —Si el amor tiene espinas,  
Eso es ley de las flores más finas.  
—Mas, ¿por qué la amistad —dice ésta—  
Si es tan sólo legumbre modesta?

O bien, se planta, dando una voltereta, desde el jugoso churrasco, en plena historia, con su *Carne*:

La cercenada gloria de San Juan  
Los astutos colmillos de Caín.  
Héroes: Napoleón y Calibán.  
Sitios: Wagram, Bailen, Verdún, Junín.

Pero no se desdeña la más concreta objetividad, sin apenas metáfora ni otra sazón que la del nombre propio, tal vez apoyado por un justo adjetivo como en la *Ensalada*:

Lechuga, tomate, escarola,  
Cebolla honesta y ajo vil,  
De generoso aceite un ola  
Y náufragos de perejil;  
Rábano de alcanfor y almagre  
Y pimiento de bermellón,  
Y al desorbitado vinagre  
Preferid el cuerdo limón.

Alfonso Reyes no toma sólo la responsabilidad de su minuta, sino que ha buscado, con el tino del anfitrión para elegir comensales gratos, la complicidad de Alarcón, su paisano, y de Lope, de Góngora y de Mallarmé; poetas todos que supieron de la gran poesía y de los juegos de la poesía. El mejicano le da para la *Despedida*, ya que no era posible un ronquido de motor (pues él no presentía los automóviles como presintió —quizá— Lope el telégrafo), la neta sensación de esta redondilla:

Ya los caballos están,  
Viendo que salir procuras.  
Probando las herraduras  
En las guijas del zaguán.

Este arte de poner en la poesía de hoy unos toques de la de ayer, como el que vierte la sal incorruptible sobre la vianda acechada por la acción destructora del tiempo, lo sabe a maravilla Alfonso Reyes. Su *Minuta*, rayada por relámpagos de inteligencia, sacudida por estremecimientos de sensibilidad, es, como todos los juegos, de traza muy leve, de esencia muy fina.

Enrique DÍEZ-CANEDO.

*El Sol*, Madrid,

16 de julio de 1935.

## LIVRES ESPAGNOLS

Alfonso Reyes

Alfonso Reyes n'est pas seulement un poète délicat de l'Amérique latine; petit à petit, il occupe dans l'histoire de la nouvelle poésie mondiale la place à laquelle il a droit, grâce à son ascension constante vers les sphères à un lyrisme universel qui fait oublier sa volonté d'hyperconscience en face des processus raciques. Dégagé de ce que Eduardo Barrios appelle "les vices bien aimés des écrivains hispano-américains": l'incontinence verbale, la lenteur, le romantisme et l'emphase, Reyes ne se contente pas d'une vue spirituelle des choses; c'est l'homme qu'il cherche à travers son besoin d'amitié. Très significative, à ce sujet, est sa plaquette dédiée à la mémoire de Ricardo Güiraldes, mort trop jeune. Quatre poèmes dédiés à l'amitié que l'auteur éprouvait pour le romancier de *Segundo Sombra*; quatre chants qui sont comme une suprême communion avec ce que l'oeuvre de Güiraldes renfermait de solidarité avec la terre et l'homme.

Il faut être solidaire: ou se perdre ou suivre les pistes, sous la constance sévère et nocturne des astres.

D'une autre plaquette, intitulée *Golfo de México* nous retenons de pénétrantes évocations de la mer et de Veracruz. Intelligence, coeur, sensualité oeuvrent dans le même temps.

Miel de sueur, parenté de l'anc,  
et des hommes couleur d'homme  
concentent d'autres lois  
au milieu des places où vaguent  
les ombres des oiseaux.

Dans *Yerbas del Tarahumara*, le poète nous fait rencontrer les Indiens tarahumaras.

Sont descendus les Indiens tarahumaras,  
signe de mauvaise année  
et de pauvre récolte dans la montagne.

Ils viennent vendre aux blancs leurs herbes qui guérissent et c'est encore l'occasion pour Reyes de découvrir l'homme et la profondeur de la vie, de cette vie qui se révélait pour Baudelaire dans le spectacle le plus ordinaire. Alfonso Reyes a une façon de "cultiver son âme" qui ne peut donner naissance qu'à de grandes et pures harmonies.

Edmond VANDERCAMMEN.

Le Journal des Poètes.

Bruxelles, 25 de Julio de 1935.

### EL MONTERREY DE ALFONSO REYES

Algunas personalidades singularmente enérgicas tienen el poder de crearse a sí mismas el recinto espiritual en que encuentren eco. Así el brillante crítico e historiador de la literatura Alfonso Reyes, embajador mexicano, primero en la Argentina y ahora en el Brasil. Edita un boletín personal al que ha puesto como título el nombre de su ciudad natal, *Monterrey*, boletín que él mismo distribuye y en el que publica valiosos estudios. En el número de julio de 1932 hay un ensayo suyo, magníficamente documentado y meditado, sobre *Goethe y América*. Siguen misceláneas eruditas, reseñas de libros, intercambio epistolar de ideas con filólogos españoles y americanos y una considerable lista de "Publicaciones recibidas" con las cuales este hombre insaciable enriquece su biblioteca. "Es una bonita manera de decir, —me explicaba,— eso de que pueda uno vivir a solas en la pura contemplación de la verdad. Lo que es yo, necesito el roce con otras cabezas. Para eso me sirve este boletín".

Karl VOSSLER.

*La vida espiritual en Sudamérica.* Buenos Aires, Instituto de Filología de la Fac. de Filosofía y Letras, Col. de estudios estilísticos bajo la dirección de A. Alonso, anejo No. 1, 1935, págs. 23-24. (Procede de *Corona*, Munich, III, No. 5, Trad. castellana de Elsa Tabering y Raimundo Lida).

### INFANCIA

Poema de Alfonso Reyes

Hace pocos días, Hernández Catá me leía la carta en verso que dirigió a Alfonso Reyes, a modo de recibo y eco de gracia, por su *Minuta*. Cuán fuera de tono me pareció entonces mi artículo sobre ese libro todo espiritualidad, elegancia, especioso de sutilezas. Toda la obra poética de Alfonso Reyes es una incitación a la gracia. Esa poesía de espíritu puro, en la que el sentimiento y hasta la pasión adquieren las formas serenas de lo griego —una Grecia interior— y la intención picaresca de lo mejicano —un Méjico ponderado en virtudes de España— no mueve al artículo gacetilla. O levanta un eco al propio diapasón, o exige el ensayo sobre la completa labor.

El poeta lo sabe, y acaso por ello no edita volúmenes de conjuntos más o menos armónicos, sino que desprende los frutos uno a uno y los imprime aislados. Es cuidadoso, Alfonso Reyes, hasta en la manera de presentarnos sus poemas. Tanto ve y tanto comunica ante una uva, que la siente malograda en el racimo.

Así nos llegan periódicamente estos primores. Hoy es *Infancia*, poema de héroe que analiza su pasta y en ella se solaza. Canto de evocación en la conciencia sabia y en el espíritu refinado. Nos dice en un gesto fuerte que, sin embargo, es todo suavidad, por qué sus sublevaciones de literato suscitan y congregan en su fantasía, irremediabilmente "cazadores, jinetes y vaqueros, guardias, contrabandistas, poetas de tendajo, gente de las moliendas, de las minas, de las cervecerías y de las fundiciones":

y ando así, por los climas y naciones,  
dando, en la fantasía,  
—mientras que llega el día—  
mil batallas campales  
con mis mesnadas de sombras  
de la Sierra-Madre-del Norte.

Hay, en el poema, una evocación del tipo heroico —sea él hu-

mano o funcional— que en el poeta sobrevive de cada estancia de su niñez. Así sobreviven esos gendarmes contrabandistas “que sabían de guitarra y de albuces y de pistola y de machete tan bravos que no se escondían cuando les daba por llorar”. Y sobrevive también así la cámara de hielo de los cerveceros “que tenía un aroma de marea y pescado, y donde parecía que los párpados perdían su peso natural, y los ojos se dilataban”.

El poema entero es tan denso de hallazgos como lo son estos dos ejemplos.

Mañana, en la hora de la *obras completas*, estos primores se alinearán en colección. Perderán entonces este valor que les agrega la postura solitaria. Valor que, además de nacer de una actitud que les resulta propia, tiene importancia bibliográfica. Ediciones como ésta, limitadas a cuarenta y ocho ejemplares destinados a cuarenta y ocho bien contados amigos, constituirán *rarezas*. Y aun los que carecemos de pasión bibliómana sentiremos el orgullo sumarse a la admiración.

Y bien sé que no he dicho nada sobre el poema. Pero, ¿se puede acaso decir algo sobre la poesía pura, escribiendo en prosa periodística? Yo bien quisiera imitar a Hernández Catá y componer también en verso el eco de la gracia.

Eduardo BARRIOS.

*Las Ultimas Noticias.*

Santiago de Chile, 11 de Marzo

de 1936.

### ALFONSO REYES

Se me representa de golpe este fino americano, familiar con las novedades audaces de las artes, ciudadano activo del mundo entero de las letras, este sosegado español dueño y producto de su densa y altísima cultura secular, resonador justo de las más puras voces poéticas de la larga literatura española, este viejísimo mexicano, de “la región más transparente del aire”, en la cara la “impavidez sonriente”, con todo señorío y con “el gesto de agrandar”. Sensibilidad, sabiduría, nitidez, plenitud, intimidad, cortesanía, herencia, novedad. Y maestría.

De sus cinco tomos de *Simpatías y diferencias*, repárese un poco en los capítulos de crítica y de crónica literaria que son los más. Ni bombos ni palos; sino simpatías y diferencias. El tomo V se llama *El reloj de Sol*, con este lema: “el que da la hora con modestia”. Por los cinco tomos se asoman, sin insistencia ni mora, los nombres —los hombres— más sonados y los más eficaces en el espléndido renacimiento cultural de España. Y no son los menos encantadores esos muchos momentos en que, lejos de la anécdota, entran Azorín, Menéndez Pidal, Baroja, Valle Inclán, Díez-Canedo, Juan Ramón, diciéndole, escribiéndole, ofreciéndole algo con voz o pluma vivas. Reyes critica, comenta y nos cuenta, y siempre es exacto en el juicio, en la emoción y en el recuerdo.

Como durante varios años ha sido —¿no lo sabíais?— filólogo de la disciplinada escuela de Menéndez Pidal, su cortesía lo hace andar por esas páginas disimulando un poco el rigor y cuantía de su erudición con considerados “ya se sabe”, “¿te acuerdas?”, y otros imperceptibles gestos estilísticos de consabido, como si el lector estuviera en los mismos secretos de información. Ciertamente, no ha podido disimular sus hallazgos eruditos y de interpretación en los trabajos destinados a profesionales —sobre Alarcón, Góngora, Calderón, Paravicino, Gracián, Rosas de Oquendo— en la *Revista*

de *Filología Española*, en la *Revue Hispanique* y en el *Boletín de la Academia española*; pero su medida mexicana se manifiesta allí también sofocando todo énfasis y envolviendo al lector en la atmósfera de personal satisfacción por haber conseguido saber un poco más o un poco mejor.

Me gusta reconocer su cortesía mexicana en esa sordina instrumental de su prosa narrativa; pero hay mucho más que cortesía. Prosa no mate, sino matizada; no sorda, sino con sordina; no con voz débil, sino a media voz. Quien haya podido hablar una vez con Alfonso Reyes ya tiene, por la voz y por el rostro, el secreto de su estilo: el diapazón un poco rebajado, las modulaciones e inflexiones nunca escapadas hacia arriba de su tono normal, a veces extremadas a lo grave; la intensidad espiratoria ligeramente reprimida; la voz contenidamente llena, no rebalsada; es voz tensa con calor de intimidad; sólo de atenderla se os tensa concorde el espíritu. La dicción nítida, sin borrosidad. Tan dueño de sus registros, la más tenue variación, sólo insinuada, se llena de sentido intencional; toda la materia es expresión. Y lo mismo el gesto. Nunca gesticulaciones, pero el rostro de peregrina movilidad insinuada, recogiendo y dejando el pulso de la intención. En los ojos, la tensión del espíritu. Como en la voz, toda la materia de su rostro es expresión. Si habláis con él de pie, poco rato os dura la conciencia de su poca talla: su sonrisa o su seriedad, repliegues sensibles del espíritu, lo levantan un palmo hasta los ojos de los hombres altos.

Así su prosa. Tensa y medida, pensada en voz mesurada, transparente en el pensamiento de línea pura, y rezumando jugos vitales de emoción y de estimación; la fantasía sujeta a la arquitectura estimativa y emocional. El lector siente esta prosa como dirigida a él inmediatamente; el autor lo atrae a su intimidad; si es preciso, el autor toma la parte del lector, se instala en él con aparente renuncia, y lo gana: "Esas xés, esas tlés, esas chés que tanto nos alarman escritas, escurren de los labios del indio con una suavidad de agua-miel". Aquí ya estamos más adentro de la histórica

cortesía de los mexicanos: Alfonso Reyes practica la literatura como un ejercicio de intimidad; una intimidad a la que no se llega desnudándole de su cortesía, de su modernidad y de su saber antiguo, porque estas cualidades no son ropajes que envuelven su intimidad, sino que están en ella misma, están en su autenticidad. *Cartones de Madrid* (1917), *El plano oblicuo* (1920), *Visión de Anáhuac* (1923), *El testimonio de Juan Peña* (1930).

Hay, sin embargo, un último reducto en la literatura de Alfonso Reyes donde ya no se puede hablar de cortesía, donde ya no es posible la cortesía ni virtud alguna de la sociabilidad: es la canción lírica del alma solitaria. Y aquí es justamente donde encontramos al mejor Alfonso Reyes; no otro, no, sino él mismo en perfección. Aquí la media voz, sin designio social, es expresión directa de su índole tensa y mesurada; aquí Reyes toma su emoción y la moldea y construye con complacencia geométrica; aquí su admirable maestría del idioma llega a la más genuina creación. Unas veces —*Huellas*, 1922, *Pausa*, 1926—, podremos reconocer la voluntad de estilo del modernismo; otras —*Romances del Río de Enero*, 1933—, se envuelve en un húmedo polvillo de arcaísmos poéticos, los más evocadores y subrepticios del género; en uno y otro caso, y cuando prescinde de modernismos y de arcaísmos —*Ifigenia cruel*, tragedia de renovado simbolismo, cuyas virtudes mayores son líricas—, Alfonso Reyes nos da una poesía de extraordinaria calidad, en la que el poder creador y el gusto seguro se emparejan, donde el contenido intuicional y sentimental se somete a vigor constructivo, alcanza forma interior clásica y se expresa sin merma y sin residuo, donde los juegos rítmicos —musicales y de pensamiento—, empautan y acompañan la efusión emocional:

La mano acudió a la frente  
 queriéndola sosegar.  
 No era la mano, era el viento.  
 No era el viento, era tu paz.

¿Cuándo más oportuno que ahora, Congreso de los P. E. N. Clubs, aducir una de las virtudes más tenaces de Alfonso Reyes, y